

HOTEL ACANTILADO

PABLO DE SANTIS

ADELANTO EXCLUSIVO
NOVEDAD FEBRERO 2021

loqueleg

loqueleg

Primera parte:
Pensión completa

Durante un cuarto de siglo el capitán Nemo visitó islas desiertas, cementerios de barcos y las ruinas de la Atlántida. En el tiempo que le dejaban sus exploraciones, libró una guerra infinita contra países e imperios. Cansado de perseguir y de ser perseguido, decidió hundirse con su submarino, el Nautilus. Pero su plan falló y el Nautilus se hundió sin capitán. Era un sepulcro fastuoso, pero un sepulcro vacío. Nemo sobrevivió. No estaba solo: lo acompañaba un joven de quince años, Yukio, ayudante de cocina del Nautilus.

Nemo tenía más de cincuenta años (su edad exacta jamás se supo) y enfrentaba el complicado deber de vivir como una persona normal, o más o menos normal: es decir, como una persona sin Nautilus. También tenía que encontrarle alguna ocupación al joven Yukio, al que había tomado bajo su cargo. Y todo eso sin la ayuda de su submarino. Mientras estaba al mando del sumergible, Nemo sentía que su vida tenía un destino, y viajes y peligros organizaban sus días. Sin el Nautilus, no sabía qué hacer ni dónde ir.

Entonces descubrió una nueva meta para su vida. Conocía de los mares más que cualquier otro hombre sobre la Tierra. Pero había algo más misterioso que los abismos oceánicos, la arquitectura de coral, los peces luminosos y los caprichos de Poseidón. Eran las personas. Nemo era un genio de la mecánica y la matemática y la geografía; era un diestro astrónomo y podía argumentar como un verdadero (aunque irritable) filósofo. Pero nunca había entendido nada de las personas.

Nemo estaba dispuesto, en la última etapa de su vida, a alejarse de las profundidades submarinas y dejar que sus días transcurrieran sobre suelo firme. Observaría a los demás. Estudiaría las miradas, los gestos, las bromas. Preguntaría sin interrogar. Se había preocupado solo por las cosas importantes: de aquí en adelante se ocuparía de cosas sin importancia. ¿Qué llevaba la gente en los bolsillos? ¿Qué recordaba de su infancia? ¿Por qué algunas personas se detenían a recoger cosas de la calle (un naipe perdido, el clavo de una herradura, una hoja de árbol) que no tenían ningún valor? ¿Por qué las tardes de domingo los hacían suspirar con algo de melancolía? ¿Qué era el amor? Había estado siempre atento a los cristales del Nautilus, vigilando que la nave evitara montañas submarinas, icebergs o restos de naufragios. Ahora se concentraría en las personas. Ya no necesitaba periscopios.

Nemo se propuso conseguir un sitio desde donde estudiar a la gente sin llamar la atención. El asunto del secreto era de enorme importancia, ya que muchas naciones habían puesto precio a su cabeza. El imperio británico ofrecía una fortuna de consideración, pero esta recompensa era superada por cierto rajá de la India, primo lejano del capitán Nemo. El rajá prometía un cofre de oro y piedras preciosas al que le trajera la cabeza de Nemo en una bandeja.

Una mañana, en una modesta pensión de Génova, donde había tomado un cuarto bajo la identidad de *il capitano Timor*, vio que el dueño, sentado en un rincón, fumaba un cigarrillo egipcio mientras se abanicaba con un periódico. Parecía dormir, pero contemplaba a sus huéspedes y a sus empleados.

“Ya está –pensó Nemo–. Voy a convertirme en dueño de un hotel. Los pasajeros cambian a diario, y cada uno trae un equipaje de costumbres y manías. Un hotel es un observatorio de la naturaleza humana”.

No se animó a comprar un hotel en Europa porque tarde o temprano alguien lo reconocería. Tampoco Asia

le servía: en todas partes había agentes ingleses que lo buscaban. Decidió que su destino sería la Patagonia argentina. Estaba tan lejos de todo que era como poner un hotel en la Luna. No corría peligro de que nadie lo descubriera.

Nemo recordó un hotel ideal para sus planes. Lo había visto diez años antes, en uno de sus viajes alrededor del mundo. Estaba al borde de un acantilado. Cuando bajaba la marea, aparecía una playa de arena fina.

Le envió una carta a un escribano de Buenos Aires, que averiguó que el hotel en cuestión permanecía abandonado desde hacía un lustro. Se lo podía conseguir por una cifra muy conveniente. ¿Quién más querría comprar un hotel en un lugar tan desolado?

Nemo sacó pasajes en primera clase para Yukio y para él en un vapor que hacía la ruta entre Génova y Buenos Aires. Cuando el barco dejó pasajeros en Río de Janeiro, Yukio intentó convencer al capitán de que comprara un hotel allí, pero Nemo era tozudo y nunca cambiaba de planes. Siguieron viaje rumbo al sur. Llegaron a Buenos Aires y se alojaron en una discreta pensión que estaba a tres cuadras del Cabildo. Un lunes a la mañana Nemo visitó una oficina abarrotada de estantes con contratos enrollados. Firmó el contrato de compra bajo el nombre falso de Basilio Timor y así se convirtió en el nuevo dueño del Hotel Acantilado.

Pudo comprar el hotel gracias a que era un hombre previsor. Mientras recorría los mares, había hecho juiciosas inversiones: caucho boliviano, una compañía naviera

que transportaban carne salada, lupas holandesas, oro. Al revés de muchos hombres, que son responsables en su vida cotidiana, pero pueden despilfarrar todo su dinero en negocios estrafalarios o apostando a un número de la ruleta, Nemo era tan juicioso en el manejo de sus finanzas como temerario en todo lo demás.

Con la escritura en su portafolio y las llaves de la propiedad en su bolsillo, Nemo se dispuso a viajar hasta el lejano hotel. A las cinco de la tarde el capitán y Yukio llegaron a la estación Constitución para ocupar un camarote de primera clase en un vagón del Ferrocarril del Sud. Amanecieron en Bahía Blanca, donde los esperaba un tren de trocha angosta, que traqueteó a través del día polvoriento y de la noche fría hasta encontrar de nuevo la mañana. Cuando el tren llegó a la última estación del recorrido, Nueva Gales, solo quedaban ellos en el vagón. Yukio miró con pesar el reloj: el cristal roto, las agujas detenidas para siempre en las doce y cuarto. Un reloj que no funciona da la idea de una falla en el universo. Pero a Nemo no lo amedrentaba la desolación que los rodeaba:

—Lo primero que hay que conseguir es un carro y un caballo. Si no, ¿cómo vamos a llevar a los pasajeros desde la estación hasta el hotel?

Yukio se ocupó de visitar el pueblo y de comprar un sulky y una yegua. Como el hotel había permanecido cerrado tantos años, Nemo y Yukio debieron trabajar duro para hacerlo habitable. Sacaron los nidos de gavio-tas de las habitaciones, quitaron la costra de sal marina que había cuajado en los pocos cristales que quedaban

sanos, arrancaron la alfombra de algas y cangrejos muertos que cubría los pisos de roble. Nemo contrató a cinco habitantes del pueblo para que repararan las cañerías, repusieran tejas y limpiaran las chimeneas. Yukio se comprometió a hacer de todo un poco, sería cocinero y camarero, atendería la recepción, y llevaría los baúles de los huéspedes.

Llegó el día en que los pisos estuvieron lustrados, las llaves de las doce habitaciones en sus casilleros, todas las camas listas con sábanas inglesas y frazadas criollas. Grandes trozos de quebracho ardían en el hogar. Yukio había contratado a una mujer del pueblo, Teodosia, que aceptó hacer de mucama y también de cocinera, siempre que Yukio la ayudara a lavar y cortar las verduras. Así que todo estaba preparado para recibir a los huéspedes.

El tren solo llegaba hasta la estación Nueva Gales los martes y los viernes. Un martes a las cinco de la tarde, Yukio fue en el sulky a la estación, a ver si algún viajero había aparecido. El tren llegó media hora más tarde del horario que aparecía en las planillas. Tres personas bajaron, en medio de las ráfagas de polvo: una señora llena de paquetes, una monja diminuta y el guarda del tren, que miró la estación como para comprobar que siguiera existiendo. Ninguno tenía como destino el hotel.

De regreso, Yukio le preguntó a su capitán:

—¿Puso avisos en los periódicos?

—¡Por supuesto! —Nemo buscó un periódico de la comunidad francesa de Buenos Aires y le señaló a Yukio un pequeño aviso a pie de página—. También pagué

publicidad en el diario de los italianos, en uno escrito en yiddish y hasta en el pasquín de los ingleses, a pesar de la aversión que siento hacia los ingleses.

Yukio leyó el título del aviso: “Hotel para solitarios”.

—¿Y los otros?

—Todos los avisos son iguales.

—¿Pero quién va a venir si usa la palabra “solitarios”?

—¿Quién, que no sea un solitario, va a venir a este acantilado, querido Yukio? Ya verás: los solitarios no van a tardar en aparecer.

—Usted, capitán, sabe mucho del mar y de barcos, pero nada de publicidad. ¡Ni de hoteles!

Nemo se encogió de hombros.

—Un hotel es como un barco, con la salvedad de que un hotel no puede hundirse.

Soplaba un viento fuerte y el hotel crujió, como si quisiera recordarle a Nemo la cercanía del acantilado.

Yukio pensó en voz alta:

—Los otros hoteles no pueden naufragar, pero este sí.

Pero el capitán Nemo tenía razón: los solitarios comenzaron a aparecer. De alguna manera formaban una comunidad, a través de los mares y los continentes. Se enviaban cartas sin verse jamás, leían los mismos libros, escribían reseñas en unos periódicos para viajeros solitarios como ellos. Y aquella constelación de soledades finalmente alcanzó al Hotel Acantilado.

El tren de trocha angosta traía fatigados pasajeros al hotel, para luego llevarse a los que habían terminado su estadía. Nunca muchos: solo uno, a veces dos, raramente tres. Nunca había niños entre los pasajeros, pocas veces jóvenes, de vez en cuando alguna mascota. Perros, en general, pero hubo también un loro, un mono tití y un hurón en una jaula.

Al capitán Nemo le gustaba conversar con sus pasajeros. En el Nautilus cada conversación era siempre interrumpida por noticias de barcos enemigos, problemas mecánicos o inoportunos tifones; pero aquí podía entregarse a la conversación y hablar con sus clientes sin que nada lo molestara. Si había algún problema, Yukio lo resolvía.

A los pasajeros del hotel, Nemo les hacía preguntas muy precisas. Pero cuando ellos a su vez le preguntaban algo, respondía con vaguedades. Algunos de los pasajeros se quedaron con la impresión de que el dueño del hotel era un hombre que había empezado a perder la memoria. Notaban que era muy vacilante al evocar el pasado, como si no supiera muy bien quién había sido.

Cuando no había pasajeros, Yukio aprovechaba el tiempo libre para pescar. Sobre las rocas, a pasos de la playa, había dos botes, tendidos boca abajo, con sus cascos despintados. Cuando el mar estaba calmo, Yukio arrastraba el más pequeño de los botes hasta la orilla, y trabajosamente lo llevaba hasta donde podía flotar. Tenía a bordo una red un poco deshilachada que le permitía ganar, de vez en cuando, alguna corvina o algún cazón. Nunca se animaba a alejarse mucho de la costa. Si el viento o la corriente lo arrastraban lejos del hotel y, tal vez, de la vida, ¿qué sería de Nemo sin él?

Nemo tenía una cierta pasión por la dificultad, así que se le ocurrió restaurar un pequeño invernadero, que estaba a unos pasos del hotel. Reforzó la estructura de hierro y madera y, con ayuda de Yukio, reemplazó los vidrios rotos.

—¿Qué va a cultivar? —preguntó Yukio—. Me vendrían bien algunas plantas aromáticas para la cocina. Tomillo, orégano, salvia...

—Rosas —respondió el capitán.

Pero era el capitán Nemo: no podía cultivar nada normal. Un vendedor ambulante, que recorría los pueblos del sur con una carreta, le vendió una misteriosa rosa que recibía el nombre de “bebedora de tinta”. Había que ponerle gotas de tinta a las raíces y luego la tinta aparecía en los pétalos. Si las cosas salían bien, los pétalos se convertían en páginas escritas con signos misteriosos.

A través de injertos, Nemo logró que hubiera más rosales, pero en el momento de verter la tinta, el plan fallaba. Las rosas se marchitaban como perfumados manchones de tinta.

—¿Por qué no cultiva unas rosas comunes? —preguntaba Yukio—. O rosa mosqueta, que sirve para hacer dulces.

—El fondo del mar me acostumbró a las rarezas.

Nemo persistió como jardinero tanto como había persistido como hotelero, y luchó contra la sal del suelo y contra el frío, y al fin las rosas crecieron fuertes, amarillas e indescifrables.